Elide

Rogervan Rubattino

ELIDE

ROGERVAN RUBATTINO

Capítulo 1

Elide

Habían pasado ya muchos años desde que aquel pequeño pueblo llamado Louisville había empezado a convertirse en un sitio odiado por cuanto viajero incauto se aproximase a él.

A pesar de su ubicación especial en medio del desierto, ya el ver sus patéticas casuchas, los errantes seres humanos que pasaran por allí, tenían la premonición de que en él solo habitaba una desolación espiritual e infinita.

En un tiempo se dijo que era como un oasis para aquellos que casi consumidos por el largo camino desértico encontraban por gracia de Dios sus linderos. Pero hoy en día, se desconocía si en realidad era un cementerio o una comunidad retirada de la realidad.

El mal de sus pasos trae sus penas y de él siempre lo peor, por eso aquella grisácea tarde de otoño el sol despistado se escurrió más tarde de que de costumbre y a lo lejos pudo verse llegar en una carreta un grupo de personas visiblemente extraviadas. Un hombre de unos treinta años quizás, con un sombrero negro de ala larga que ocultaba su rostro luchaba por controlar las cabalgaduras, que extrañamente partían entre nervios y con el polvo en sus cascos toda la tranquilidad eterna y acechante del sitio.

El viento cortaba la tela percudida que tenía por ropa y aun se veían los pies hinchados que tenía de lejos, como dos patas de oso herido. Quizás sería un esclavo o un fugitivo de la ley. Con él una mujer de cabellos rojizos como el fuego y mirada perdida se dejaba ver sus carnes cuando saltaba la carreta entre el accidentado camino de acceso al pueblo.

Probablemente dentro de esa carreta vinieran más personas, pero por el momento sería solo una suposición pensar en ello.

La gran polvareda que despertaron y el bullicio que les acompañaba en ese instante no inmutaron en lo absoluto la fantasmagórica visión del pueblo. Quizás incluso ya ni los cuervos volvían por allí a obsequiar sus agoreros graznidos.

Por fin se detuvieron en medio de la calle principal de Louisville y aquel hombre del sombrero negro y ala larga bajó de la carreta como si pesara tres veces el peso de un hombre normal, dejó en el suelo orificios bajo sus descalzos y descomunales pies y haciendo un gesto de abominación tiró

de una cadena gruesa y derruida por el tiempo que estaba rematada al final por un grillete que apresaba el tobillo izquierdo de la mujer de pelos rojos.

Se veía a pesar de la distancia que aquella mujer estaba azotada, o al menos había sido violentada severamente a juzgar por las marcas y terribles heridas en la piel que tenía. Pero a pesar que este hombre le tiraba por la cadena como un animal ella no hacía ni el más mínimo gesto de aflicción o dolor ante su sometimiento.

Igualmente aquel hombre no hacía ruido alguno y solo se limitaba a dirigirla dentro de un abandonado establo.

La noche del 14 de septiembre de 1759, fue una de esas noches que se pierden en la memoria y en el miedo de las personas normales que siempre tienen por su fe la católica y por doctrina hacer el bien a los demás.

A dos horas de Louisville existía un pequeño convento que albergaba a unas 30 hermanas de la caridad y que a la vez servía como retiro y refugio a los viajeros que iban de las ciudades de Georgehall a Mellingtown, y se dice que la aparición del ahora pueblo desolado de Louisville había sido una causa necesaria como punto intermedio de abastecimiento y civilización entre estas ciudades más desarrolladas y aquel paraje que nadie ubicaba ni en los mapas. Solo la intervención divina y la obstinación de las misiones habían podido gestar la idea de sembrar en aquel sitio un convento. Que en realidad asemejaba más a primera vista un reducto o un infernal presidio, con sus paredes y su fachada contaminada por la tempestad del polvo y los años.

Elide era una muchacha de cabellos cortos y graciosa, pero así como era de simpática era de ociosa y este mal decidieron quitárselo enviándola a un retiro prolongado junto a las hermanas de la caridad en aquel convento que más bien parecía un purgatorio. A sus 17 solo había dado a sus padres, licenciosos y correctos, una vida de sin sabores, sobresaltos y decepciones y según ellos la chica no tenía remedio y si las religiosas no le ponían el freno a sus desbocadas actitudes, de seguro su vida sería un desperdicio y una vergüenza para el honor de la familia Simmons.

Los Simmons eran una familia de inmigrantes ingleses que habían llegado desde las islas del Reino Unido al nuevo mundo en el año de 1740, los colonos ingleses ya tenían una organización social aceptable, aunque pervivía un clima de inestabilidad

Capítulo 2

Alma Libre

Los Simmons eran una familia de inmigrantes ingleses que habían llegado desde las islas del Reino Unido al nuevo mundo en el año de 1742, los colonos ingleses ya tenían una organización social aceptable, aunque pervivía un clima de inestabilidad en la nueva nación, y en el aun inconquistable salvaje oeste, controlado mayormente por los indios y forajidos.

Sara Simmons y su esposo John tuvieron a una hija a la que pusieron por nombre Elide.

La hija de los Simmons siempre fue una niña despreocupada y vivaz, siempre gozó del amor de sus padres de sus afectos y atenciones, pero como la juventud siempre descree de la razón de los mayores, solía hacer su santa voluntad y pasar largas horas lejos de casa donde se aburría fatalmente escuchando los consejos perpetuos de su madre.

A Elide le parecía que la tierra norteamericana era el centro del mundo, que uno debía ser libre y que aquellas peroratas inglesas definitivamente no le iban para nada. Era una yanqui de pura sangre, se decía ya a los 15, cuando se le veía venir a caballo tras las miradas de espanto de su madre, asustada por las ocurrencias de la chiquilla.

John terriblemente conmocionado por el comportamiento de su hija y su despreocupación por el puritanismo que él siempre le profesó, no tuvo más que decidir enviarla a las manos correctas y sacras de las hermanas de la caridad, y principalmente tratándose del indiscutible hecho que ella sin duda había sido la responsable del incendio del granero de la comunidad donde se guardaban celosamente las reservas para el próximo invierno.

Debido a los continuos miramientos y críticas sobre su autoridad hacia la niña no tuvo más remedio que hacerlo o se arriesgaría a perder la confianza de la comunidad. Y eso era casi como entregarse a las manos de la ruina y la ausencia de la solidaridad de los otros, en un país aún susceptible a las revoluciones y masacres. Donde la ley y el orden apenas empezaban a ver la luz en un territorio tan vasto e indómito.

Después de muchas discusiones, pataletas y griterías ninguna fuerza en el universo fue capaz de hacer cambiar de idea a John de enviar a Elide al convento de las hermanas de la caridad.

Sin embargo, lo que él desconocía es que su fama de mal padre o más bien la de su hija bandolera, había llegado hasta los habitáculos de aquel

sacro santo lugar y la llegada de Elide no era bien vista por la superiora del convento, la Hermana Benedicta.

La Hermana Benedicta era una mujer que había consagrado su vida a la religión durante más de 50 años y la simpleza de que la muchacha tuviera un carácter tan lanzado le producía espantos y rubores. Según ella, nunca había oído tantas historias de una chica de 17 años en toda su vida. Lo del granero no fue lo único, también se le señalaba por su manía de andar semidesnuda con el pecho descubierto correteando por los prados como un espíritu de la naturaleza. O qué decir de sus escapadas nocturnas o aquellos extraños sonidos que hacía a horas no adecuadas como si de un ser silvestre se tratase.

Pero Elide conocía las voces de los animales nocturnos a la perfección y sabía orientarse como ninguno de la comunidad, siempre se sintió una con la tierra que le vio nacer y sus ojos grandes y briosos nunca dejaron escapar una sonrisa aun en la peor sequía.

Estudiaba por curiosidad las costumbres de una tribu de indios a la que espiaba desde un acantilado todas las noches, que salía de casa, y sus padres en su inocencia dormían.

Elide vivía sin dudas ni temores y cuando algo debería asustarle le llamaba la atención en vez de darle terror. Como cuando ella y su familia fueron víctimas del ataque de un oso y ella se acercó al animal peligrosamente agitando sus bracitos como si deseara que la bestia le diera un abrazo afectuoso.

Elide no era una chica común y en sus días de arduo trabajo su padre se asustaba por esta particularidad de su niña, que también no tenía nombre cristiano y no era bien vista por los ingleses conservadores por este hecho. El temía que algún desvariado viniera a acusarle de hereje o de que la niña en sus constantes travesuras diera razón para ser procesada por los tribunales inquisitorios.

Él amaba mucho a Elide y de cierto modo hacía todo aquello para proteger a su niña, pues él ya no podía continuar inventando y haciendo más cosas para seguir ocultando los destrozos de Elide, ya que entre más grande peores eran sus travesuras. Y él nunca fue capaz de levantarle la mano o aplicarle los sufrientes castigos que a los niños se les imponían en aquel tiempo.

Incluso su esposa Sara le culpaba a él del comportamiento de la niña y le rellenaba de terribles reproches día y noche por su lamentable papel de padre, que el en realidad nunca llevó bien. Porque Sara quedó embarazada muy pronto y él aun ni siquiera tenía cómo mantenerla como lo hacían todos los hombres con sus mujeres en ese tiempo. Ella le acusaba de blandengue y a pesar de que John la amaba mucho, él se

sentía mal de no ser el tipo de hombre que en ese momento ella deseaba que fuera.

Si no hubiera sido por su tío que le embarcó con Sara a Norteamérica a la fuerza, no se sabe qué hubiera sido de los dos.

Un poco por vergüenza, un poco por deshacerse de su sobrino caído en desgracia Douglas Simmons, el tío de John, tomó la decisión de que marcharán intempestivamente al nuevo mundo y ahora John después de varios años, hacia lo mismo con Elide.

Capítulo 3

Pilgrims

John había estado muy familiarizado con las costumbres rígidas y puritanas extremistas de los primeros colonos ingleses en territorio norteamericano. Y sabía de sobra que desde 1620 aquellos peregrinos que habían llegado a las costas nororientales de aquel territorio conservaban como una diadema inexpugnable sus costumbres y creencias.

"*No hay peor cosa que un inglés caído en desaire con su comunidad*" —cantaba a pies juntillas su padre una y otra vez, mientras todos trabajaban arduamente en el transporte de la cosecha.

Hablaba y cantaba siempre las bondades de Plymouth, la primera colonia inglesa en el nuevo mundo con legislación de verdad. Él siempre decía que sólo hubiera podido ser posible llevar gobierno, orden y humanidad a esa tierra de salvajes por la santa y acertada presencia de los Pilgrims, primeros habitantes pensantes y con normas de conducta que se asentaron en lo que es llamado entonces Nueva Inglaterra.

Los Pilgrims tenían como una de sus máximas el hecho de ser ellos un pueblo elegido por Dios para estas y otras misiones y su interpretación de la religión, los hábitos de conducta y el desenvolvimiento de las personas era rígida y recalcitrantemente conservadora.

Ellos tenían en ese tiempo el control absoluto de la dirección y comportamiento de las personas civiles y juzgaban de manera implacable cualquier valor o hecho que no se ajustase a esas normas de conducta que eran para ellos inviolables y motivo de acérrimo cuidado y juicio.

Los Pilgrims vivían en un mundo de introspección que pasaba casi por autismo social y personal. Todos consagraban sus vidas a desarrollar el mutismo que según ellos mismos, llevaba a afinar los esfuerzos espirituales del hombre, para alcanzar la divinidad en la paz siempre justa y eterna de la Iglesia y el Espíritu Santo.

Siempre su mayor trofeo era convencer y convertir a alguno menos férreo en sus elucubraciones, en un ser arrepentido de su conducta pecaminosa original, por lo que el hombre y la mujer sobre todo, debían pasar por los suplicios de la disciplina familiar más estricta y tiránica. Sobre todo con respecto a la conducta sexual y el pecado mortal e infame que ellos calificaban a la conducta de dedicarse a la observancia de los genitales externos, para un motivo que no tuviese nada que ver con necesidades

fisiológicas o reproductivas.

Cuando John y Sara llegaron, recién Francia e Inglaterra habían finalizado ya hace 27 años la segunda guerra con sus respectivos aliados por la colonización total de las tierras de Norteamérica. Aprovechando esa aparente estabilidad que no pasó desapercibida para su tío Douglas en absoluto, emprendieron el viaje hacia su nueva vida.

Sin embargo, las paces estaban lejos de ser definitivas entre los que ansiaban el control total de los territorios septentrionales de América por lo que a penas con dos años de nacida, Elide y su familia tuvieron que vivir con sangre y sudor la tercera guerra franco-británica, agitados en la zozobra de la inestabilidad política y social de entonces, que tenía a todas las colonias sumidas en crisis.

Y ahora a sus 17, en medio de la guerra franco-india, otra guerra más entre Gran Bretaña y Francia que hasta ese momento llevaba ya 5 años, era plausible que John temiera por la seguridad de su pequeña, que estaba siempre en peligro por unos y otros. ¿Qué mejor que un convento para asegurarse de que Elide estuviera a salvo, al menos hasta el fin de esta guerra?

Era el 10 de julio de 1759, John y Elide partieron con rumbo hacia el convento en una carreta con las provisiones y cambalaches de la muchacha y mientras iban de camino ahí, John no cesaba con sus sermones de obediencia y de rectitud hacia su contrariada hija.

Era muy temprano en la mañana y los primeros rayos del sol despuntaban entre las montañas lejanas haciendo que el horizonte abriera su cortina de firmamentos. Un frío leve pero notorio les acompañaba entre el terreno silencioso y las últimas estrellas ya se apagaban lejos en la inmensidad.

Elide no decía ni una palabra a su padre, parecía una roca más del camino y cruzada de brazos con firmeza cerraba sus ojos con una rama de hierba de menta en la boca a modo de tabaco. Al ver esto John se exaltó y dijo:

¡Por Dios, que no eres un muchazo Elide!
Bueno papá pero es que sin la menta no puedo centrar mi espíritu.
¿Pero qué es eso chiquilla? ¿Quién te enseña esas cosas amorales y descabelladas? Voy a terminar por darle la razón a tu madre en eso de que tienes delirios.
¡No papá, si los indios lo hacen yo también!
¿Y cómo sabes tú que los indios lo hacen?

Al hacer esta pregunta Elide se hundió sobre sus hombros e hizo un gesto de evasión, John agitó las riendas de la caballería y apuro el paso de la

carreta.

Aquellas cosas que su hija siempre le insinuaba le parecían cosas de temer y la verdad no encontraba la hora de salir de esa situación y reestablecer su tranquilidad. Por momentos Elide le parecía una persona extraña y hasta le asustaba lo que era capaz de hacer por ser siempre ella.

Es como si ella no fuera su hija, como si nada de lo que le hubiese inculcado siempre le hubiera hecho algún bien en su interior. Sumido por continuidad en estos pensamientos se preguntaba una y otra vez que es o que había hecho mal. Él no estaba decepcionado de Elide solo desconcertado y aturdido por su carácter y su personalidad que día a día para las gentes de su tiempo era motivo para la peor de las desgracias sociales que una familia pudiera sufrir.

ROGERVAN RUBATTINO ©

Capítulo 4

La Novicia

La Novicia

Llegaron a la puerta del convento cuando ya el cielo había liberado de su prisión de nubes al sol despiadado. La temperatura aquel día había ascendido, y un sofoco permanente les agobió desde que salieron hasta que llegaron a aquel sitio.

En el portón de madera vieja y derruida una de las religiosas les esperaba, y en su rostro se presentía un vacío, sin embargo, John en sus afanes no percibió nada de esto, pero si Elide, la que se figuró que aquella mujer estaba enferma o enajenada por algo. En sus pupilas habitaba la ausencia y como si fuera una hoja seca en el viento del desierto, sus pensamientos se perdían lejos, muy lejos de allí.

Por fin cesó la marcha de los caballos y las ruedas de la vieja carreta detuvieron su movimiento abruptamente, levantando una estela de polvo que disfrazó de gris por completo el blanco e inmaculado hábito de la hermana que les esperaba. Igualmente, ella no hizo gesto alguno de indignación, pero si se apuró a bajar a Elide de la carreta y hacerse de sus cosas dando un saludo lacónico y más seco que el desierto.

John estrechó a su hija con fuerza y le dijo que le volvería a ver en poco tiempo, y que por la memoria de su abuelo que se comportara y tratara de ser sensata. Elide le dijo que le amaba y empezó a llorar desconsolada para que él no le dejase en aquel lugar desamparado de la vista de Dios.

Después de una corta insistencia John salió del convento dejando atrás a su hija, apuró la marcha para dar fin más rápido a la despedida, y con el aullido del viento y la terquedad del polvo se perdió nuevamente en el horizonte, de la misma forma que hace un momento le habían visto llegar.

Elide miró a la hermana que empezó a arrastrar su baúl con rapidez hacia el interior del convento que era un mar de penumbras y despeñaderos. Le siguió un poco atontada por la emoción de verse ahí sola y sin saber qué hacer o cómo reaccionar. Aquella mujer con su hábito blanco y percudido por el polvo del desierto no hablaba ni le miraba a los ojos, con gestos rígidos y firmes le iba guiando hacia su celda, donde había de habitar en lo sucesivo.

Con sus ojos abiertos como una lechuza, Elide no dejaba de observar con admiración y nerviosismo como aquel sitio empezaba a demostrársele por su estructura en un lugar lúgubre y más vetusto de lo que imaginó sería cualquier convento en el mundo. Sus paredes inmensas y altas albergaban la oscuridad perdiéndose la visión si se intentaba explorar sus techos; columnas sólidas y manchadas por los años flanqueaban el camino hacia las celdas donde yacían algunas hermanas en oración u otras en algún ejercicio espiritual incognoscible. El silencio era espantoso y agresivo, los pasos de ambas rasgaban con violencia el hermetismo del convento.

Elide a medida que avanzaba sentía un frío y un silbido del viento rebotando entre las paredes del lugar, pero por más que afinaba su oído de lobo no alcanzaba a escuchar ni un murmullo, ni un susurro entre las personas que moraban aquel sitio. Nada, es como si solo ella y su extraña acompañante fueran los únicos seres vivientes que existieran en aquella inmensa oquedad.

Caminaron entre los quejumbrosos pasillos por el lapso de unos minutos que se figuraban una eternidad para Elide, por fin llegaron a un escondrijo que ella le señalo como el último caminillo hasta su celda. Con voz seca le dijo, vendré a por ti más tarde. Y como por arte de magia desapareció entre las sombras como uno más de los débiles destellos que lograban infiltrarse en el lugar.

Aquel espacio reducido e iluminado con velas era más una madriguera que una celda, una cama ínfima le aguardaba con su habito inmaculado y en aquel espacio no era humanamente posible vivir o darse cuenta si era de día o de noche, o si el tiempo existía o pasaba o si uno en realidad estaba muerto o vivo.

Una claustrofobia se apoderó de Elide y un calor extraño producto de la impresión le hizo hacer salir de la celda. En su agitación y desespero no puso cuenta de donde estaba y al alzar la vista se le presentó la imagen de una estatua inmensa de una virgen. Sobresaltada quedó paralizada ante la efigie increíble de mármol antiguo que se le presentaba en un gesto de misericordia.

Por momentos sintió una paz transitoria, respiró profundo y sus latidos empezaron a ser más lentos. Dio la media vuelta, pero se encontró en medio de la nada y avergonzándose de sí misma se afirmó en su actitud y empezó a caminar sin saber qué dirección tomar, pero esta vez con una actitud más aplomada y altanera.

Siguió el murmullo de las velas temblando ante el viento preso entre las paredes del convento y fue a dar a un corredor donde había unos ventanales donde la luz se filtraba creando una opacidad, producto del polvo la intemperie y la inercia de los años. Descubrió que con extrañeza que aquella ala del convento estaba abandonada y hasta hojas secas revoloteaban en un salón próximo y vacío que flanqueó al pasar.

Sorprendida por la escena dio un terrible tropiezo y fue a parar al suelo donde se dio un tremendo golpe. Al voltear y ver qué fue lo que le hizo caer se fijó que había añicos de una cruz que decía:

“Siembra el odio como si de amor se amase, que la luz no es pasión es el flagelo de un alma novicia”.

ROGERVAN RUBATTINO ©

http://www.rogervanrubattino.com

Capítulo 5

La Confianza del Lobo

Aquel ruido y estropicio de su caída se oyó como una avalancha sobre un bosque cercano. Al instante la religiosa que le había recibido y otras dos con caras de almas en pena le asistieron para levantarse, y una de ellas le dijo:

—No es bueno que estés por aquí, las paredes son muy viejas y pueden desplomarse. Es por eso que se ha abandonado esta ala del convento.

Elide miró con extrañeza la tranquilidad y pasividad con las que aquella le daba razones sobre la existencia de aquel sitio desolado y destruido. Sin darle mucha importancia al hecho, les siguió el paso como quien va en una procesión a paso lento y sin saber a ciencia cierta a donde está.

En un abrir y cerrar de ojos estaba de nuevo en la entrada de la celda y sin darse cuenta no advirtió en su momento que sus acompañantes ya se habían esfumado.

Se sentó al borde de la pequeña cama dentro de su habitáculo y empezó a ver a su alrededor en vano. Solo oscuridad, luces de velas mortecinas y silencio. Tomó con desdén el hábito y lo agito un poco antes de vestirlo, entre una cosa y otra probablemente se tomó una hora para ponérselo encima y hacerse a la idea de su nueva imagen.

Se miró en el pequeño espejo y dio un salto como quien ve una aparición, pero pudo más la risa y el ridículo de verse así vestida que otra cosa. Entonces mientras sus carcajadas sonaban como estrellas estallando en las paredes del inmenso convento, empezó a dar vueltas burlándose de su larguísimo y nuevo faldón y del color blanco que jamás había vestido, solo de interiores en su vida.

En medio de su pequeña algazara una mujer bastante mayor y de baja estatura se plantó estática en la entrada de su celda sin que ella en su alboroto se diera cuenta de su presencia. En seguida le vio y al verla tuvo un susto de muerte.

Con voz ronca, formal y estricta la que parecía ser la hermana Benedicta le habló:

—Elide. ¿Qué haces con el hábito?

Al escuchar estas palabras ella se quedó paralizada por la autoridad que aquella pequeña anciana le transmitía. Era como si una solemnidad transmitiera en cada uno de sus rectilíneos gestos. Pero a pesar de la impresión pudo soltar una tímida frase de disculpa, mientras la hermana Benedicta al tiempo le solicitaba que le acompañase.

Mientras se dirigían a otra ala del convento la mujer mayor le habló:

—Hace mucho tiempo que no aceptamos a novicias en el convento. Ya no hay muchachas ni familias como la tuya que confía en la educación religiosa. Por eso es probable que te sorprenda saber que solo somos 30 y sólo tú la recién llegada.

Atendiendo a esto con un poco de distracción Elide preguntó:

—¿Pero desde hace cuánto tiempo que no reciben a nadie?
—Desde hace ya 15 años. El tiempo pasa célere y las constantes disputas entre las colonias no nos hacen bien.
—¿Y por qué un convento aquí, tan apartado?

Haciendo un gesto de admiración por la naturalidad e indiscreción de la muchacha al preguntarle cosas le dijo con tono severo y culminante:

—La situación de este país no es la mejor para que una institución de nuestra respetabilidad tenga cabida. Seríamos blanco fácil de proscritos e indios de estar demasiado cerca de un pueblo. Además, es necesario que estemos retiradas de modo de cumplir a cabalidad nuestros votos espirituales.

Una vez más Elide le interrumpió atrevidamente, como un niño que pregunta a su madre sin cesar una y otra vez y sin descanso:

—Pero con el debido respeto hermana. ¿No le parece que aquí corremos mayor peligro?

—Cuando lleves un tiempo más aquí sabrás el porqué de muchas cosas, pero por el momento, ahora te pediré que te dirijas por este pasillo hasta la próxima ala, para ayudarle a la hermana Angelus con el agua.

Al decir eso la hermana Benedicta se retiró sin más y dejó a Elide ardiendo en su curiosidad insaciable de saberlo todo a su alrededor.

Ella siguió las indicaciones de la anciana y dando tumbos y giros visuales llegó a una sala donde ya Angelus le esperaba con unos baldes inmensos para transportar el agua.

Elide quedó admirada de la belleza de aquella joven de ojos azules y cabello rojizo como el ocaso de verano. Con un poco de torpeza y sin disimular la torpeza de sus pasos, no acostumbrados a aquellos trapos tan largos, se presentó:

—Hola soy Elide.
—Hola Elide soy Angelus. Vamos al pozo a recoger agua.

La voz dulce y pausada de Angelus le hizo sentir como en casa y sentir por al menos un momento que no había venido a vivir a un cementerio sino a un sitio más tranquilo y seguro. Ella le enseñó donde estaba el pozo y mientras le indicaba todo, y cómo se recogía el agua allí, empezó a responder las una y mil preguntas de Elide como una madre paciente que devela sin alterarse cualquier duda a su hija.

Le contó que toda la historia de la congregación se remontaba a 142 años atrás y que lo primero que una hija de la caridad tenía que hacer mandamiento de vida eran sus votos: caridad, obediencia, servicio y sobre todo humildad y pobreza. Elide se sorprendió al saber que este último para aquellas era un voto y no una calamidad, y entre dientes sonrió como quien escucha a alguien decir desvaríos, pero disimuladamente.

Angelus le contó que al principio el claustro y el convento habían sido suprimidos para hacer que en su servicio ellas tuvieran más libertad de acción. Pero que por las condiciones del país y hasta cierto punto por la dirección ortodoxa y conservadora que les representaba habían asumido votos más definitivos de los que en realidad las Hijas de la Caridad llevaban a efecto en otras regiones del mundo.

Entonces, haciendo una aproximación al entendimiento de esas palabras Elide le dijo lo siguiente:

—Sabes, los Mohawk se agrupan en tres clanes: Lobo, Tortuga y Oso, para tener más libertad de acción, así como ustedes. Yo seguro estaría en el clan del Lobo. Dicen los indios que el lobo tiene tanta confianza en sus sentidos y en lo que hace que no necesita confiar en nadie, solo en la luna, el sol, los elementos o su propio instinto, cuando está fuera de la manada.
¡Dios mío! ¿Y dónde aprendiste esas cosas? Que la hermana superiora no te escuche esas historias de indios y salvajes, que aquí eso está prohibido. Además, no es bueno creer en algo que no sea Dios.
—¿Y por qué?
—Pues porque es pecado.
—¿Pecado?
—Sí, y no debes decir o hacer cosas que te hagan caer en el pecado pues perderás tu alma y tus votos no servirán de nada.
—Bueno entonces creo que no tengo alma y que estás hablando con un

fantasma.

Capítulo 6

Onondagas

Más allá de los esenciales y básicos conocimientos de Elide sobre los Mohawk y sus clanes, es necesario saber que éstos se mantenían hasta entonces confederados con 5 tribus más. Formaron una liga para la lucha contra las tribus del sur de Canadá a partir de la iluminación y místico poder del "Hacedor de Ríos", un legendario jefe de una tribu conocida como los Onondagas y que gracias a sus poderes milagrosos sobre la naturaleza logró la unión de todos aquellos grupos aborígenes que en su momento se disputaron la dominancia territorial en Norteamérica.

Los colonos ingleses y la liga de las seis tribus compartían en ese entonces intereses, sin embargo, dentro de la misma existían facciones de los Mohawk que habían sido influidas por los jesuitas franceses del sur de Canadá, creándose así un comercio de información clandestina cuando franceses e ingleses se enfrentaban por el dominio colonial de las tierras de la América septentrional.

Una fuerza maligna y sobrenatural había sido encerrada por el "Hacedor de Ríos" en el Río San Lorenzo y el poder místico de este jefe guerrero llevó a la liga a convertirse en una potencia independiente del conflicto entre Bretaña y Francia. Los nuevos habitantes europeos no conocían la tierra y el legado de los nativos, ellos tenían una conexión espiritual muy íntima con la naturaleza y sus fuerzas. Conocían el espíritu y los dioses de todo lo viviente e invisible.

Los ingleses que en su hacer habían entrado en contacto con algunos indios de la liga en el comercio de armas de fuego escuchaban de éstos historias sobre el Gorgoron, un espíritu inmundo que había traído la guerra y la desolación en la tranquila Norteamérica con la llegada de los pueblos blancos y extranjeros.

El Gorgoron era el causante de la viruela y las epidemias que diezmaron a los pueblos aborígenes desde que iniciaron los conflictos entre las colonias europeas. John al igual que otros ingleses calificaban

estas leyendas como una superchería de salvajes ignorantes.

Tres semanas después de la partida de Elide al convento, una tribu enemiga de la liga atacó por sorpresa la comunidad donde vivían los Simmons, arrasando e incendiando todo el pueblo. John y Sara fallecieron incinerados. Este ataque movilizó a las comunidades vecinas que se organizaron para defenderse y repeler un nuevo ataque de los tionontati.

La noticia del cruento y fatídico asalto no llegó hasta el convento 15 días después. La hermana Benedicta al escuchar la noticia no se conmocionó en absoluto, continuó caminando rodeada de la soledad y el silencio y se adentró en el ala abandonada del convento hasta llegar a un conducto secreto que daba paso a un claustro subterráneo. Se perdió nuevamente en la oscuridad como la niebla de la noche.

Elide había alcanzado a ver cómo se alejaba el jinete que había dado la noticia, sin comprender qué motivo le había traído al convento de forma tan breve. Enseguida se dispuso a buscar a Angelus para preguntarle, pero no le encontró por ninguna parte. Ni Evangeline, ni Lucía, ni María Luisa. No había nadie, pareciera que la tierra se hubiera tragado a todas las hermanas de la caridad del convento.

En su desesperación, y como quien siente en su vientre una calamidad, echó a correr de un sitio a otro y sin sentido. Cuando se cansó de hacerlo, cayó de bruces sobre una de las esquinas del pozo sin saber qué hacer o qué pensar. Sintió el aire enrarecido y como un pesar en la conciencia y enseguida empezó a recordar aquella sensación de susto y de desamparo que había vivido con intensidad traumática a los 14 años, cuando fue salvada por un joven inglés de un ataque de los hurón.

Poco a poco cuando el miedo dio paso a una resignada calma, empezó a latirle el corazón pero de nostalgia y soledad. Aún no había superado aquel sentimiento de afecto, apego o quizás amor hacia aquel muchacho que le salvó la vida entonces. ¿Quién sería? ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría muerto con una flecha en el corazón? ¿Acaso le recordaría?

Elide empezó a comportarse como una chica en todo el sentido de la palabra y las lágrimas empezaron a mojar el inmaculado hábito, sus mejillas se enrojecieron de tristeza y empezó a temblar despacio sin consuelo en la inmensidad de aquel vacío sitio. Sentía que su alma se le escapaba en cada sollozo y se decía a si misma que aquella absurda afición por los indios solo era un parapeto para esconder su vulnerabilidad a su amor imposible, quien estaba directamente relacionado con los indios. Pues el padre de él comerciaba con los Mohawk hace tiempo y él había aprendido la lengua iroquesa, que ellas apenas comprendía pero que le fascinaba entrañablemente.

Es lo único que en tres años pudo averiguar de él sin levantar sospechas. El que una señorita de su edad preguntara por un joven era muy mal visto por los Pilgrims.

No es posible aproximar cuánto tiempo pasó allí con su congoja, pero sí es seguro que tuvieron que llevarla a rastras hasta su celda como si de un lobo herido se tratase. Una herida aún abierta, que nadie podía ver, ni sanar.

ROGERVAN RUBATTINO ©